

LA APOTEOSIS DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

UNA ENTREVISTA CON MONS. PEDRO P. TENREIRO

El 12 de Octubre de 1945 celebró América en la colina del Tepetlac la coronación de la Virgen de Guadalupe como Reina de Méjico y Emperatriz de América. Era el 50º aniversario de la primera coronación de la Virgen de Guadalupe en el año 1895.

El acontecimiento religioso no halló entre nosotros una resonancia adecuada en el sector eclesiástico, en contraste con muchas repúblicas americanas. En la prensa nacional, con la excepción siempre loable de *La Religión*, tampoco fué la información ofrecida lo suficientemente expresiva de un acontecimiento continental, que movilizó en Méjico millones de hombres y varios millones en un mismo día y casi a la misma hora a todo lo largo de ambos continentes: Norte y Sur.

Venezuela estuvo representada en las fiestas jubilares de la Virgen de Guadalupe por un grupo de damas y señoritas de la Acción Católica caraqueña; y, sobretodo, por Mons. Pedro Pablo Tenreiro, que habló en varios actos públicos, en nombre de Venezuela, con extraordinario aplauso. A su regreso, en conversación confidencial, hemos recogido de sus labios impresiones y comentarios de peregrino emocionado, que ofrecemos a los lectores de SIC.

.....

—Sí; me ha conmovido más profundamente que el reciente Congreso Eu-

carístico de Buenos Aires. Todavía más: la vibración popular me ha parecido mayor en México, que la de Buenos Aires y Budapest en los dos gigantescos Congresos Eucarísticos, en los que tuve la dicha de participar. Faltaba naturalmente en México el esplendor de las procesiones públicas, inicuamente prohibidas en los últimos decenios. Pero el catolicismo mexicano es incomparable: tiene algo de agresivo y casi provocador. La persecución le ha impreso un sello de valentía y sinceridad, que arrebató y conmueve. Yo no conozco personalmente ningún pueblo. Lo que en esto se le pueda comparar.

.....

—La organización fué perfecta, debida en buena parte a su colega y hermano el Padre José Antonio Romero, que actuaba de Secretario; y, sobre todo, a la acción del Arzobispo Mons. Luis M. Martínez, que salió personalmente a recibir en el aeródromo a todos y cada uno de los prelados. De América del Sur asistimos sólo dos: Mons. Felipe Hermosa, de Cuzco, y un servidor. Por cierto que ya sabrá cómo sufrimos un accidente bien desagradable de avión y hubimos de aterrizar forzosamente en Guatemala. Apenas llegado a México fui a celebrar una Misa de acción de gracias a la Virgen de Guadalupe.

.....

—La asistencia de prelados fué espléndida. Todos los de las Antillas, me-

nos Mons. Arteaga de La Habana, que tuvo dificultades de última hora. Todos los de Centroamérica; treinta y siete de Estados Unidos y diez y siete del Canadá. Naturalmente... todos los de México. Ud. sabe que el Cardenal Villeneuve, Arzobispo de Quebec, fué nombrado por Su Santidad Legado Apostólico para las fiestas Guadalupanas. Era el Primer Cardenal que se veía en México; y puedo asegurarle que su presencia despertó en la ciudad un entusiasmo que rayaba, por momentos, en locura colectiva. Lo que sucedió con él es un índice del clima espiritual de los católicos mexicanos en las fiestas de la Virgen Moreña.

.....
—Oigame estos detalles. A pesar de la imprecisión de la hora en que había de llegar el Cardenal, pasaron de 20.000 los autos que salieron al Aeródromo. Hasta 8.000 charros, ataviados de gala y a caballo, y una representación de indios, que detuvieron al Cardenal y le dieron una exhibición de sus bailes típicos en la Glorieta de los Indios Verdes. Era tal la aglomeración de gentes hacia la Basílica que el Cardenal hubo de desviarse, dos kilómetros antes, y dirigirse a casa de su huésped, Don Guillermo Barroso. Pero la muchedumbre lo siguió hasta la suntuosa mansión de Barroso; y es expresivo de lo que estaba sucediendo en aquellas calles, que los autos que salieron a recibirle caminaron el trayecto y subieron la cuesta arrasados por la masa de gente y sin encender el motor. Durante los días de su permanencia el Cardenal fué objeto de la devoción popular más conmovedora. Yo vivía no lejos de él en la casa de Don Luis Barroso, hermano de Don Guillermo: (¡excelente familia, acaudalada, cultísima y profundamente cristiana ésta de los Barroso!); y fui testigo de cómo el Cardenal tenía que salir cada dos horas al balcón para dar solemnemente la bendición pontifical a la masa de gente que se renovaba continuamente. Yo vengo emocionado de la piedad, la sencillez y la actitud valiente de los católicos mexicanos.

.....
—El Cardenal no traía misión oficial ante el Gobierno de México, que es bien sabido está controlado por la masonería. Sin embargo se dijo que lo había

visitado extraoficialmente el Presidente Avila Camacho. Por otra parte el Gobierno del Canadá, con ingenioso estrategema, envió al Cardenal, cuando ya estaba en México, un expreso cable encomendándole la misión de llevar un saludo oficial al Gobierno Mexicano.

.....
—La descripción de las fiestas la ha dado, más o menos bien, la prensa. La de México con una exhuberancia y un entusiasmo extraordinario; sobre todo los dos grandes rotativos: Excelsior y El Universal. Toda esa literatura está todavía en camino, pues hube de mandarla por correo, para no recargar el equipaje del avión. La prensa mexicana, con rarísimas excepciones de periodiquitos comunistas, se sumó a las fiestas con el contagioso ardor combativo de los peregrinos de la Virgen. En cambio, cuando al terminar los días jubilaires los líderes revolucionarios sesionaron para protestar contra la violación durante el jubileo de la legislación religiosa mexicana, la prensa les hizo un vacío, que a mí me parecía un índice de lo artificial que es la postura sectaria de la revolución mejicana ante la Iglesia.

.....
—No fué sólo la fiesta del día doce de Octubre. Se iniciaron los actos jubilaires en la noche del 29 al 30 de setiembre con una Vigilia nacional de la Adoración Nocturna Mexicana en la Basílica de Guadalupe. Siguiéronse después día tras día homenajes sucesivos de organizaciones religiosas, corporaciones y grupos especializados. Yo participé activamente en el de las Congregaciones marianas y asistí a unos pocos actos —pues me enfermó la altura de México, como a otros preladados,—al Congreso femenino interamericano de Acción Católica. Uno de los homenajes más significativos fué el de los Intelectuales católicos, promovido por el Movimiento Estudiantil y Profesional de Acción Católica, que preside el licenciado Enriquè Ramos y Valdés. El homenaje, al que se sumaron intelectuales de toda América y particularmente de las Universidades Católicas de Estados Unidos, logró del Episcopado la proclamación de la Virgen de Guadalupe como Trono de la Sabiduría y Reina del Pensamiento en América.

.....

—Sobre la fiesta del 12 de Octubre ha leído Ud. la prensa. Puede Ud. hacer resaltar algunos detalles, que a mí me impresionaron. Los indios mexicanos son especialistas en decorados complicadísimos de flores. Hicieron a la entrada de la Basílica de Guadalupe un arco grandioso que era una portentosa filigrana de flores y en la mitad del templo una fastuosa alfombra también de flores. En el templo de la Virgen se congregó una multitud, como yo no he visto mayor fuera de San Pedro de Roma. El coro que intervenía en la fiesta era también algo totalmente extraordinario. Formado por coros de toda la nación, se habían reunido en la capital con tres meses de anticipación para ensayar las piezas musicales a toda conciencia. Su manutención costaba diariamente 10.000 pesos. Comentada un Prelado canadiense que aquel coro superaba a cuantos había escuchado en la propia Roma. Y yo soy del mismo parecer. La sectaria ley que prohíbe las procesiones públicas obligó a que se realizara la fastuosísima del día 12 dentro de la verja de la Basílica. Pero el pueblo que se apiñó en torno a la Virgen ese día y los anteriores convirtió con frecuencia las calles en lugar de ruidosa e incontenible manifestación religiosa. Miles de personas avanzaban por calles y carreteras gritando: ¡Viva Cristo Rey! ¡Vivan los Mártires de Cristo Rey! ¡Viva La Virgen de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de América!

Concentrados forzosamente los fieles en el templo, los actos tenían una intensidad de conmoción popular que hacían derramar lágrimas. Diálogos en voz alta con la Virgen; comuniones interminables: algo que me causaba envidia: mucho hombre en el templo... mucho hombre. Y una piedad valiente, acrisolada y casi exacerbada en la persecución...

.....

—¿Una anécdota? Muy cerca del Cardenal y de donde yo vivía, tenía su

quinta uno de los ministros del gabinete mexicano. Un sectario de tantos. Prohibió a su servicio asomarse a la calle a curiosear los homenajes al Cardenal. Pero aquello era abrumador. El ministro terminó por rendirse; y hasta envió a sus propios hijos a recibir la bendición del Legado Pontificio.

Otra anécdota en que fui protagonista. Fui invitado por los Padres Jesuitas a visitar su residencia de San José. Se celebraba una fiesta de la congregación mariana de jóvenes. Aquel mismo día entraron 300 nuevos socios. Inmediatamente quisieron agasajarme con un desayuno y hube de salir con ellos, y de seglar, como todos los sacerdotes en México, a desayunar en un restaurant. Estaba yo desprevenido, cuando veo acercarse una joven y me ofrece un bellissimo ramo de flores. Era una florista de las cercanías que al oír el rumor de que estaba allí un Obispo quiso manifestar su simpatía en forma tan gentil. Pero lo sorprendente fue lo que siguió: uno tras otro fueron llegando: una señora con una cesta de frutas, un repostero con un pastel... y todo ello tan fuera de programa que el Padre Superior temía que se convirtiera en una manifestación de las prohibidas en la ciudad, creyó prudente nos alejáramos presto. Yo me salí — he de confesar — con cierto disgusto. Me emocionaba la piedad de aquel pueblo maltratado y perseguido.

.....

—No deje Ud. de expresar mi gratitud a Don Luis Barroso y su exquisita familia, que me abrumó de atenciones y me facilitó un viaje para visitar los templos de México, que conceptuó los más ricos del mundo. Sobre todo la capilla Del Rosario del templo de Santo Domingo en Puebla. No he visto en mi vida cosa tan portentosa. Descarta también que hiciera Ud. resaltar mi admiración por el catolicismo mexicano: desbordante, intrépido, íntimamente entrañado con la idiosincracia nacional. Vuelvo sinceramente emocionado, confortado espiritualmente.

M. Aguirre Elorriaga, S. J.